



INSTITUTO POLITÉCNICO

**ESCUELAS PROFESIONALES SALESIANAS  
DE SARRIÁ**

Paseo san Juan Bosco, 42  
08017 Barcelona

Barcelona, 10 de mayo de 1985

El día de Pascua, 7 de abril, poco después de recibir la Comunión, fallecía en la Residencia de Nuestra Señora de la Merced de Martí-Codolar nuestro hermano

## **Don Celedonio Macías Pascual**

miembro de esta Comunidad de Escuelas Profesionales de Sarriá desde 1958. A esta casa había llamado para hacerse salesiano, aquí fue novicio y estudiante de filosofía (1925-27), catequista (1935-36) y Ecónomo Inspectorial (1958-67). Cumplidos tres trienios en este cargo, siguió como profesor hasta la jubilación en 1974 y continuó siempre como confesor, bibliotecario y cronista de la casa. Con frecuencia era llamado a Andorra para el ministerio de las confesiones: la última vez a fines de noviembre de 1984, cumplidos ya sus 85 años. Y hasta primeros de enero acudió un par de horas, como cada día, a ayudar al secretario inspectorial.

Los domingos celebraba la primera misa de nuestra parroquia de María Auxiliadora, y estaba a disposición de los que quisieran confesarse antes de la segunda. Con todo lo dicho de su ancianidad, pueden intuir, aun los que no le conocieron, que don Celedonio era una personalidad no sólo en nuestra casa, sino en la inspectoría.

Había nacido el 30 de agosto de 1899 en Argujillo, población de unos 900 habitantes de la provincia y diócesis de Zamora, a 12 km de Fuentesauco. Era el cuarto hijo de los cinco que tuvieron Esteban Macías y Zeferina Pascual, familia campesina. Adolescente pasó a Madrid, y de allí fue llamado al servicio militar que hizo desde marzo de 1920 a marzo de 1923 en Marruecos, destinado a sanidad, donde brillaron su sentido del deber y su voz de tenor, que le merecieron el aprecio de todos, y, especialmente, de un salesiano compañero suyo de milicia. Éste le animó al seguimiento de Don Bosco y, al licenciarse los dos, le acompañó hasta la casa de Sarriá el 3 de abril de 1923 —bien lo recordaba don Celedonio—, pero dejándolo a la puerta. En aquel momento aquel salesiano abandonaba su vocación, mientras el joven Macías daba el paso adelante, acogido

con toda cordialidad por don Marcelino Olaechea, entonces inspector y más tarde obispo de Pamplona y arzobispo de Valencia.

Tras medio año de experiencia de nuestra vida en las Escuelas Salesianas de la calle Rocafort, pasó en septiembre de 1923 como hijo de María o vocación adulta (¡24 años!) a Campello, y al cabo de dos años volvía a Sarriá, donde hizo el noviciado bajo la dirección del Padre Maestro don Antonio Martín, terminado con la profesión trienal el 15 de julio de 1926. Tras un solo año de Filosofía en la misma casa de Sarriá, hizo en Mataró su trienio como maestro y asistente (1927-30): se entregó generosamente a la educación de los jóvenes y siguió ofreciendo su voz de tenor muy bien timbrada en todas las celebraciones. Allí mismo hizo la profesión perpetua en agosto de 1929. Durante los años 1930-34 cursó la teología en Turín-Crocetta, bajo la dirección de don Zolín; su año final coincidió con la canonización de Don Bosco. Conservó hasta su muerte, con un autógrafa, la postal del cardenal Maurilio Fossati, que le había dado todas las órdenes, culminadas con el presbiterado en julio de 1934.

Sacerdote novel desempeñó el cargo de catequista un año en Pamplona y otro en Barcelona-Sarriá, de donde tuvo que salir por la revolución de 1936. Después de haberse camuflado en la ciudad y corrido no leves peligros, obtuvo el pasaporte del Consulado de Nicaragua con el nombre de Celestino Moncada Padilla. De esta manera pasó sin contratiempos la frontera por Cerbère el 5 de diciembre de 1936, y conseguía un pasaporte auténtico en Turín quince días después.

Según consta en su *diario de ruta* de la guerra, llegaba a Pamplona el 17 de febrero de 1937. Inmediatamente se incorporó al ejército como Alférez-Capellán el 8 de marzo y fue destinado a la Agrupación de Carros de Combate de la Legión Cóndor; siempre adscrito a ella hizo las campañas del Norte, Brunete, Aragón, Teruel, Ebro, Cataluña y Madrid. Hasta julio de 1939 su diario se convierte en una serie de traslados, encuentros y combates, con nombres de heridos y muertos. En la monumental *Historia de la Cruzada Española* (vol. VIII, fascículo 33, página 53) aparece una foto suya, celebrando misa sobre un carro de guerra, foto que, decía, apareció también en Pravda. La atención a un soldado alemán moribundo, con riesgo de su propia vida, le mereció la Condecoración del Orden del Águila Alemana, concesión que le fue comunicada el 3 de octubre de 1940. Recibió, además, estas condecoraciones nacionales: Medalla de Campaña, Diploma y Distintivo con Laurel, Dos Cruces Rojas y una Cruz de Guerra. Entabló y conservó buenas amistades con sus jefes y un gran afecto a los soldados que acompañó en todo momento.

Acabados sus compromisos con el ejército, el 14 de septiembre de 1939 llega a la casa salesiana de Alcoy (Alicante), de la que, tras un año de prefecto, fue nombrado director. A los pocos meses, el vicecónsul le impone con solemnidad la condecoración alemana. Los tres años en Marruecos y los dos largos de capellán militar, templaron su carácter, de gran firmeza temperamental. Siempre fue un salesiano disciplinado y firme, de pocas palabras y muchos hechos. Así lo recuerdan sus antiguos alumnos de entonces:

«Serio, amante de la disciplina y regularidad de cara al colegio, su presencia imponía. Cualquiera se atrevía a llegar tarde, faltar a misa los domingos o levantar la voz. Esto hacía que estudiáramos a rabiar y que al salir del colegio encontráramos una buena colocación

Por otra parte, atento, servicial y campechano, sabía ser amigo de verdad, y por esto se le respetaba y se le quería. Embelleció la iglesia, la unió al colegio con un nuevo pabellón y adquirió un terreno (*el camet*) para ampliar el patio».

No pocos salesianos de hoy lo recuerdan con gratitud porque, gracias al ambiente que cuidó, surgieron espléndidas vocaciones que en grupos contribuían a llenar los noviciados de aquellos años.

De su último año de directorado conservó un recorte del periódico *Ya de Madrid* (31.1.1946), firmado por Pedro Cantero, más tarde obispo de Huelva y Arzobispo de Zaragoza. Ciertamente don Celedonio se sintió identificado con aquella visión de la Obra Salesiana:

Algo vital y vivificador llevan consigo los salesianos cuando su Obra se extiende tan rápidamente por el mundo que no pueden atender a los ofrecimientos de fundaciones que la Iglesia, los Estados y los grupos sociales les brindan, y en bandeja, por los cinco continentes de nuestro planeta. El hecho es que a los salesianos se les puede aplicar hoy la célebre frase de Tertuliano: «Son de ayer y están ya por todo el mundo.» Nunca ha habido en la historia de la Iglesia católica una Orden religiosa que en tan corto tiempo haya llegado a tener el número y las instituciones de la Obra Salesiana. La realidad histórica es ésa. ¿A qué se debe?

San Pablo nos dice «que ni el que planta ni el que riega, sino sólo Dios, es el que da incremento a todas las cosas.» Esa es la verdad, pero también lo es que el que planta y el que riega a tiempo en terreno abonado y en clima propicio, lo mismo en el orden físico que en el orden espiritual, suele recibir mayores bendiciones de Dios, autor de la naturaleza y de la gracia. Los hijos de san Juan Bosco, siguiendo el ejemplo de su padre fundador y de Jesucristo, han plantado y regado con entendimiento de amor cristiano en la tierra fecunda y socialmente casi desértica del corazón de los pobres. «Id a los pobres —dijo Don Bosco a sus hijos—, y nadie os hará competencia.» El cumplimiento de este mandato, realizado en conformidad con el espíritu del Evangelio y con las necesidades del alma popular, es el secreto de ese algo vital y vivificador que llevan con-

sigo los salesianos. He aquí un ejemplo y un estímulo para todo espíritu apostólico.

Mas no basta ir al pueblo; hay que saber llegar, quedarse y convivir con él en comunidad de alegrías y de penas, de lágrimas y sonrisas, de aspiraciones y necesidades. Eso hizo Don Bosco y eso siguen haciendo sus hijos, los salesianos. Las casas salesianas están plantadas en las mismas barriadas populares y sus moradores son legiones alegres de niños y jóvenes obreros, que juegan, que cantan, que estudian y trabajan en sus talleres y escuelas profesionales, y donde bajo la sombra patriarcal de san Juan Bosco, se llegan y se postran de rodillas ante el Sagrario y ante María Auxiliadora, para depositar la flor ingenua y esperanzadora de una plegaria cristiana.

Como todos los grandes patriarcas de la Iglesia católica, san Juan Bosco infundió en la Obra Salesiana su propio espíritu con todos los aromas naturales y sobrenaturales que matizaron su vida y su misión en el mundo. Basta confrontar la vida de Don Bosco con la vida de la Obra Salesiana, para percibir los mismos aromas de concretez, alegría, afán de trabajo y de servicio al pueblo, vivificado todo por el amor a Dios y a las almas.

En efecto, Don Bosco y sus Hijos, lejos de pararse en estudios y declaraciones formularias de derechos sociales imprescriptibles, tienden la mano y el corazón a las clases obreras con instituciones concretas para dar lo que la juventud trabajadora necesita: medios y fa-

cilidades para ganarse el pan con el sudor de su frente. Ahí están sus talleres de aprendizajes, con bandas de música, cuadros artísticos, deportes y toda la gama regocijante de la concretez y sana alegría salesiana. Basta entrar a cualquier hora del día y en cualquier institución salesiana para caer en la cuenta del ambiente popular, alegre, laborioso, juvenil y profundamente cristiano que se respira, como aromas de Nazaret, dentro de la Obra Salesiana, dotada de una personalidad tan perfilada

y subyugante, que, a semejanza de su santo Fundador, donde pone la mano brotan raudales de paz, de alegría, de eficacia y de espiritualidad cristiana.

La perenne y paternal sonrisa de Don Bosco, lejos de aparecer inmóvil y dormida en su rostro, viene lanzando al mundo obrero el mismo mensaje y el mismo aroma del celeste Sermón de la Montaña.

Sin interrupción siguió brillando su equilibrio como director en Valencia-Ruzafa (1946-52) y en Alicante (1952-55), dando fuerte arraigo popular a la acción de los salesianos entre el pueblo sencillo y especialmente al mes y a la fiesta de María Auxiliadora, con intensa participación de todos los estamentos del pueblo. Estuvo después de un año encargado de las obras de la nueva fundación de Cabezo de Torres (1955-56), pero pidió a los superiores que le sacaran de aquella soledad con poco trabajo, por lo que llegó al colegio de Barcelona-Horta como prefecto (1956-58).

A continuación sus 9 años de ecónomo inspectorial en Sarriá, desde donde colaboró a la fundación de las casas de Sentmenat y Andorra, siempre con un gran sentido de austeridad y de fidelidad al encargo recibido... y así hasta sus 68 años.

Después, su regreso a las aulas, con sus clases de lengua inglesa y castellana y de formación cívica, con los rápidos cambios eclesiales y extraeclesiales, y su jubilación a sus 75 años. Mucho la sintió, como hombre volcado enteramente a la acción entre los jóvenes. Una prueba bien reciente de ello: cada vez que regresaba de Andorra, de confesar, se le veía rejuvenecido, porque era un salesiano ilusionado con su misión de ayudar a los jóvenes.

Muy sociable y jovial siempre, admiraba a todos su buena salud a sus ochenta y más años. Casi ochenta y cinco tenía el 7 de julio pasado, cuando celebró sus bodas de oro sacerdotales, acompañado por el señor Inspector y los hermanos de las tres comunidades de Sarriá... Su vida seguía serena con la ilusión de una longevidad a toda prueba. Pero a lo largo de diciembre se le notó un difuso malestar, y las Navidades fueron menos bulliciosas para él, tan comunicativo hasta entonces. La cosa se agravó con los fríos de enero: ya no podía salir de su habitación y hacer el largo recorrido a los ambientes de la comunidad a través del patio. Los médicos descubrieron un tumor que le obstruía el intestino, y que le fue extirpado el 17 de enero, cariñosamente atendido por médicos, Hermanas y enfermeras en la Clínica de la Sagrada Familia. La buena recuperación de su robusto organismo pronto se vio bloqueada por lo que ya habían advertido las radiografías: el tumor le afectaba también el hígado, y el proceso era irreversible. Poco a poco iba perdiendo energías, se daba cuenta de que se acercaba su fin, daba disposiciones sobre sus apuntes personales... por más que se le animara

a pensar en su curación. La misma medicación mientras resolvía algunos aspectos, complicaba otros.

Tuvo una ligera mejoría gracias a las visitas de muchos salesianos que hicieron ejercicios en la misma Casa de Martí-Codolar donde era atendido en su convalecencia tras la operación. Sin más síntomas de agravamiento que una creciente debilidad, llegó a la mañana de Pascua, y poco después de darle la Comunión, como todos los días, su corazón dejó de latir. Eran las 8,30 de la mañana.

El funeral se celebró al día siguiente — festivo — en el Santuario de María Auxiliadora de Sarriá, con la participación de gran número de salesianos, presididos por el Vicario Inspectorial, en ausencia del Padre Inspector de visita a la Costa de Marfil, Hijas de María Auxiliadora, Antiguos Alumnos y familiares. Ahora descansa con tantos hermanos como nos han precedido, en nuestro panteón de Sarriá.

Don Felipe Palomino que fue inspector de Andalucía y hoy a sus 77 años desarrolla su apostolado salesiano en Guayaquil (Ecuador) nos da este perfil de don Cele, su condiscípulo en los años de la Crocetta y gran amigo de toda la vida.

«Siempre lo aprecié por su rectitud, sinceridad, fortaleza... y sólida piedad, a más de ser un magnífico compañero, que gustaba le llamásemos el *Capo* como militar de Franco, y fruto sazonado con cáscara un poco dura» (30.4.1985).

Su figura destaca por su amor a la vocación, a Don Bosco y a María Auxiliadora, su entrega al trabajo y a los jóvenes, su equilibrio entre su energía temperamental y casi militar y un gran sentido de la convivencia, entre su puntualidad y su sentido de fiesta siempre demostrado con su alegría y canto hasta los últimos meses. Verdaderamente estos rasgos le suavizaron las molestias de la ancianidad. Descanse en paz este benemérito salesiano, y que Dios llame a nuestras comunidades hombres de una sencillez y bondad semejantes a la suya.

En comunión de oraciones quedo con todos los hermanos de la Comunidad vuestro afectísimo en Don Bosco

JOAN CANALS  
*Director*

## DATOS PERSONALES

*Sacerdote Celedonio Macías Pascual, nacido en Argujillo (Zamora) el 30.8.1899. Muerto en Barcelona-Sarriá el 7.4.1985, a los 85 años de edad, 58 años de profesión y 50 de sacerdocio. Fue 15 años director y 9 ecónomo inspectorial.*

